

do frases, tal era su emoción al verse recibido tan cariñosamente. Sus párpados se cerraban, sólo la veía á través del sueño que le rendía, como una especie de neblina, donde flotaba, como destacada de la tierra. ¿No era acaso aquello una visión encantadora, que le socorría y le halagaba con sencillez? Le parecía que le tocaba la mano, que sentía la presión de la suya, leal y firme como la de un buen amigo.

Desde aquel momento, Juan no se dió cuenta exacta de lo que ocurría. Estaban en el comedor, había pan y carne sobre la mesa, pero no tenía fuerzas para llevarse los pedazos á la boca. Un hombre estaba allí, sentado sobre una silla. Reconoció á Weiss á quien había visto en Mulhouse. Pero no entendía lo que decía, entristecido y moviendo los brazos pausadamente. En un catre, delante del calorífero, Mauricio dormía, inmóvil, casi muerto. Y Enriqueta se daba prisa echando un colchón sobre un diván; vió las sábanas, las mantas, la almohada, lo arreglaba todo con mucho arte, metiendo sus manos delicadas, por entre las sábanas blancas como la nieve.

¡Ah! aquellas sábanas blancas, aquellas sábanas tan deseadas. ¡Juan no veía otra cosa! No se había desnudado, no se había acostado en una cama en seis semanas. Era una golosina, una impaciencia de chiquillo, un deseo insensato que le impulsaba á meterse entre aquellas telas blancas, y anonadarse. En cuanto le dejaron solo, se desnudó, se acostó, lanzando un gruñido de satisfacción. El día plácido entraba por una ventana y como ya medio dormido, abría los ojos, vió aún la visión de Enriqueta,

una Enriqueta, más indecisa, inmaterial, que entraba de puntillas, para colocar cerca de él, sobre la mesa, una botella de agua y un vaso. Se quedó allí algunos segundos, mirando á los dos, su hermano y él, con su tranquila sonrisa de una bondad infinita. Después la visión desapareció. Juan dormía entre las blancas sábanas, aniquilado.

Pasaron horas ó años. Juan y Mauricio no existían. Diez años ó diez minutos, el tiempo no existía; era aquello como el desquite del cuerpo fatigado, descansando en la muerte de todo el ser. Bruscamente, sobresaltados á la vez, los dos se despertaron. ¿Qué ocurría? ¿cuánto tiempo llevaban durmiendo? La misma luz pálida, entraba por la ventana. Estaban destrozados, todos los huesos les dolían, más cansados que al acostarse. Creyeron que sólo habían dormido una hora y no extrañaron el ver sentado en la misma silla á Weiss, que parecía aguardar á que se despertaran.

—¡Demonio! —dijo Juan,—tenemos que levantarnos para encontrar el regimiento antes de mediodía.

Dió un salto y se vistió, no sin quejarse de los dolores que tenía.

—Antes del mediodía,—repitió Weiss;—son las siete de la tarde, han dormido ustedes doce horas.

¡Las siete! se asustaron. Juan, vestido ya, quería echar á correr, mientras que Mauricio, en la cama aún, decía que no podía mover las piernas. ¿Cómo iban á encontrar el regimiento? Los dos se incomodaban, no debían haberlos dejado dormir tanto, Weiss hizo un movimiento como desesperanzado.

—¡Para lo que han hecho! bien podían estar durmiendo.

El, desde por la mañana, había recorrido Sedán y los alrededores. Acababa de regresar de su excursión, apenado por aquella inacción del ejército, por aquel día, el 31, perdido tan lastimosamente. Una sola excusa había, el cansancio de las tropas, la necesidad de que descansaran y no se explicaba cómo no había continuado la retirada después de algunas horas de sueño.

—Yo, añadió, no tengo la presunción de ser muy entendido, pero comprendo que el ejército está muy mal colocado en Sedán... El 12.º cuerpo se encuentra en Bazeilles, donde se han batido esta mañana, el 1.º está á lo largo del Gironne, del Moncelle hasta el bosque de Garenne; mientras que el 7.º está acampado en la meseta de Floing, y el 5.º, medio destruido, está amontonado al lado de las murallas del castillo... Y eso es lo que me causa miedo, de verlos así á todos al rededor de la ciudad, aguardando á los prusianos... Yo me hubiera largado, á escape, sobre Mezieres. Conozco el país; no hay otra línea posible para la retirada y si no, serán rechazados hacia Bélgica... Además, venga usted y verá algo...

Cogió á Juan por la mano y le llevó hacia la ventana.

—Mire usted allí, en aquellos montes.

Por encima de las fortificaciones, por encima de los edificios vecinos, la ventana daba sobre el mediodía de Sedán, sobre el valle del Meuse. Era el río que se desarrolla por las vastas praderas; Remilly á la izquierda, Pont Maugis y Wadelincourt en frente, Frenois á la derecha; y los montes dejaban ver sus pendientes de color de esmeralda, pri-

mero Liry, después Marfée, y la Croix Piau con sus grandes bosques. El crepúsculo llegaba y el inmenso horizonte tenta una limpidez de cristal.

—¿No ve usted allá, á lo largo de los montes, aquellas líneas negras que andan, aquellas hormigas negras que desfilan?

Juan abrió los ojos, mientras que Mauricio, de rodillas sobre la cama, alargaba el cuello.

—¡Ah! sí,—dijeron á la vez.—Allí se ve una, allá otra, aquí otra, y todavía otras. Hay en todas partes.

—Pues bien,—dijo Weiss,—son los prusianos... Desde esta mañana los miro y los veo pasar, y siguen pasando siempre. ¡Le aseguro á usted que si nuestros soldados los aguardan, ellos se dan prisa para venir!... Y todos los vecinos de Sedán los han visto como yo y sólo los generales están ciegos. He hablado hace poco con un general; se ha encogido de hombros y me ha dicho que el mariscal MacMahon estaba convencido de que sólo tenía en frente setenta mil hombres. ¡Dios quiera que no se equivoque! ¡Pero mirelos usted; la tierra está cubierta, ¡vienen, vienen las hormigas negras!

En aquel momento Mauricio se dejó caer de nuevo en la cama y empezó á llorar. Enriqueta entraba entonces, se acercó á su hermano, alarmada.

—¿Qué te pasa?

Pero él la rechazaba.

—No, no, déjame, abandóname, sólo te he causado pesares. ¡Cuándo me acuerdo que no te hacías vestidos y que yo estaba en el colegio! ¡Vaya una instrucción que he recibido y qué mal la he apro-

vechadol... Además, he estado á punto de deshonorar nuestro nombre; no sé donde estaría á estas horas si no te hubieses sacrificado por mí, para reparar mis faltas.

Ella se sonreía con su plácida calma.

—Vaya un despertar triste que tienes... ¡Ya se ha olvidado todo, se ha borrado todo! ¿No cumples ahora tu deber como buen francés? Desde que has sentado plaza estoy muy orgullosa de tí, te lo aseguro.

Como pidiendo ayuda se había vuelto hacia Juan. Este la miraba, sorprendido de verla menos hermosa que por la mañana, ahora que no la veía medio alucinado por el cansancio. Lo que resaltaba siempre era el parecido con su hermano; y sin embargo, toda la diferencia de sus temperamentos se ponía al descubierto en aquel momento: él nervioso como una mujer, atacado por la enfermedad de la época, sufriendo la crisis histórica y social de su raza, capaz de un momento á otro de los más nobles entusiasmos y de los más cobardes descorazonamientos; ella, tan diminuta, toda abnegación, con su aspecto resignado, la frente sólida, los ojos valientes, de la madera sagrada de que se hacen los mártires.

—¡Orgullosa de mí!—añadió Mauricio.—¡No sé por qué! Hace un mes que huimos siempre como unos cobardes que somos.

—¡Demontres!—dijo Juan filosóficamente;—no somos los únicos, hacemos lo que nos mandan.

La crisis del joven estalló más violenta.

—¡Precisamente ya tengo bastante, estoy harto de esta vida! ¿Pues qué, no es para llorar lágrimas

de sangre estas continuas derrotas, estos jefes imbéciles, estos soldados á los que llevan estúpidamente al matadero, como un rebaño?... Ahora estamos en un callejón sin salida. Veis que los prusianos llegan por todas partes y nos van á aplastar; el ejército está perdido... No, no; me quedo aquí, prefiero que me fusilen como desertor... Juan, puedes marcharte. No, no vuelvo al regimiento, me quedo aquí.

Un nuevo raudal de lágrimas le hizo caer sobre la almohada. Era un deshago de sus nervios, uno de esos desfallecimientos repentinos, con la desesperación, con el desprecio del mundo entero y de sí mismo, á los que estaba sujeto con tanta frecuencia. Su hermana, que le conocía muy á fondo, le oía sin alterarse.

—Obrarías muy mal, mi querido hermano, si abandonarás tu puesto en los momentos de peligro.

De una sacudida se sentó sobre la cama.

—Pues bien, dame un fusil, voy á romperme la cabeza, así acabaré antes.

Después, con el brazo extendido, señalando á Weiss, inmóvil y silencioso:

—El solo es razonable, él solo lo ha visto claro... ¿Te acuerdas, Juan, lo que me decía delante de Mulhouse, hace un mes?

—Es verdad,—contestó el cabo,—el señor dijo que nos derrotarían.

Lo escena se evocaba, la noche angustiosa de alerta, el desastre de Frœschwiller pasando ya por el cielo triste, mientras que Weiss relataba sus temores, Alemania preparada, mejor dirigida, mejor armada, empujada por una gran ráfaga de patrio-

tismo; Francia atontada, entregada al desorden, atrasada, pervertida, no teniendo ni los jefes, ni los hombres, ni el armamento necesario. Y la horrible profecía se realizaba.

Weiss alzó sus manos temblorosas. Su cara expresaba un profundo dolor.

—No me halaga mucho haber dicho la verdad. Soy un tonto, pero se veía la cosa tan clara! Más si nos derrotan se pueden matar prusianos malditos. Creo que vamos á perder la partida, pero sería un consuelo matar muchos prusianos, muchos, muchos, tantos, que se pudiese cubrir la tierra allá.

Se había puesto de pie y señalaba con la mano el valle del Meuse; sus ojos de miope, por los cuales le habían declarado inútil para el servicio, echaban chispas.

—Yo me batiría si fuese libre de hacerlo. No sé si es porque reinan como amos en mi país, en este país donde los cosacos hicieron tanto daño, pero no puedo acordarme de ellos, verlos en nuestras casas sin que me entren ganas de abrir en canal una docena. ¡Ab! ¡Si no me hubiesen declarado inútil, si fuese soldado!

Después de un corto silencio, añadió:

—Además ¿quién sabe?

Era la esperanza, la necesidad de creer en la victoria posible que existía aún entre los más desilusionados. Mauricio, avergonzado ya de sus lágrimas, le escuchaba, se agarraba á aquel sueño. La víspera había circulado el rumor de que Bazaine estaba en Verdun. La fortuna podía hacer un milagro en obsequio á Francia, que había sido tanto tiempo victoriosa.

Enriqueta había desaparecido; cuando volvió á entrar, vió sin extrañeza que su hermano se había vestido y que estaba ya listo para marcharse. Qui-so que Juan y él comieran delante de ella. Tuvieran que sentarse á la mesa, pero los bocados les ahogaban, les daban náuseas, atontados como se hallaban aún por el sueño. Juan cortó un pan en dos pedazos, colocó una mitad en su mochila y otra en la de Mauricio. La noche se acercaba y era necesario marcharse. Enriqueta se había parado delante de la ventana, mirando, al ver á lo lejos sobre el Marfée las tropas prusianas, las hormigas negras desfilando sin cesar, perdiéndose poco á poco en las sombras crecientes; dejó escapar una queja.

—¡Oh! ¡La guerra, la atroz guerra!

Mauricio quiso tomarse el desquite.

—Pero qué, hermanita, ¿tú que quieres que nos batamos, maldices á la guerra?

Se volvió para contestar de frente.

—Es verdad, la maldigo, la encuentro injusta, horrible... Tal vez sea únicamente porque soy mujer. Esas matanzas me sublevan. ¿Por qué no habían de explicarse y entenderse los enemigos?

Juan aprobaba lo que decía Enriqueta con un movimiento de cabeza. Nada le parecía más fácil á él, hombre sin instrucción, que ponerse de acuerdo dándose buenas razones. Pero Mauricio, acudiendo á su ciencia, encontraba la guerra necesaria, la guerra que es la vida misma, la ley del mundo. ¿No es acaso el hombre quien ha introducido en la vida la idea de la justicia y de paz, cuando la impasible naturaleza no es más que un continuo campo de matanza?

¡Ponerse de acuerdo! sí, tal vez dentro de unos cuantos siglos. Si todos los pueblos no formaran más que uno, se podría en rigor aguardar la llegada de esa edad de oro, y aún así, ¿si se acaba la guerra no se acabará la humanidad?... Era un imbecil antes; hay que batirse puesto que es la ley.

A su vez sonreía, repitiendo la frase de Weiss:

—Y después de todo ¿quién sabe?

De nuevo la ilusión se apoderaba de él, una necesidad de guerra en la exageración enfermiza de su sensibilidad nerviosa.

—Oye,—dijo,—¿y el primo Gunther?

—El primo Gunther pertenece á la guardia prusiana... ¿Está por aquí la guardia?

Weiss no lo sabía, los dos soldados tampoco, y era natural, puesto que ni los generales sabían qué enemigos tenían enfrente.

—Vámonos, voy á acompañaros. He averiguado donde está acampado el 106°.

Entonces dijo á su mujer que aquella noche no volvería, que iría á dormir á Bazailles. Acababa de comprar allí una casita que terminaba de amueblar para vivir allí el invierno. Se encontraba cerca de una tintorería que pertenecía al señor Delaherche. Estaba con cuidado porque había llevado á la casita algunas provisiones, que desaparecerían si la casa se quedaba vacía: un barril de vino, dos sacos de patatas. Su mujer le miraba con mucha fijeza.

—Puedes estar tranquila,—añadió sonriéndose,—no tengo otra intención que la de guardar lo que allí tenemos y te prometo que si atacan al pueblo, si hay un peligro cualquiera, volveré en se guida.

—Vete,—añadió ella,—pero vuelve, porque si no voy á buscarte.

En la puerta abrazó á Mauricio. Después dió la mano á Juan y la retuvo en la suya durante algunos segundos, estrechándola cariñosamente.

—Le confío á mi hermano de nuevo... Me ha dicho cuanto ha hecho usted por él y se lo agradezco mucho; le quiero á usted mucho.

Se emocionó tanto, que sólo pudo apretar aquella mano delicada. Se marchó llevándose la impresión que había recibido al entrar; aquella Enriqueta de pelo color de avena madura, tan ligera, tan alegre que llenaba el aire alrededor de ella como una caricia.

En la calle volvieron á ver el Sedán sombrío y triste. El crepúsculo había llegado ya á las calles estrechas y una agitación confusa las obstruía. La mayoría de las tiendas estaban cerradas, las casas parecían muertas, mientras que fuera en las calles no se podía dar un paso. Pudieron llegar á la plaza del Ayuntamiento sin muchas dificultades y allí encontraron al señor Delaherche, que se paseaba curioseando. Se alegró de reconocer á Mauricio y contó que precisamente acababa de acompañar al capitán Beaudoin, del lado de Floing, donde se encontraba al regimiento; aumentó su satisfacción al saber que Weiss iba á dormir á Bazailles, porque él también había hecho el propósito de ir á pasar la noche en la tintorería, para ver lo que ocurría.

—Weiss, iremos juntos... y mientras tanto, vamos á la Sub-prefectura, donde podremos ver al emperador.

Desde que había estado á punto de hablarle en

la casería de Baybel, no se preocupaba más que de Napoleón III, y acabó por arrastrar á los dos soldados. Algunos grupos estaban parados en la plaza, hablando en voz baja, mientras que, de vez en cuando, entraban en el edificio algunos oficiales, asustados. Una sombra melancólica desvanecía ya los árboles, se oía el ruido del agua del Meuse, que corría al pie de las casas. Entre los grupos se decía que el emperador había abandonado á Carignan hacia las once de la noche, no había querido retirarse á Mezieres para quedarse en el peligro y no desmoralizar las tropas. Otros decían que no estaba allí, que había huido dejando á uno de sus ayudantes vestido con su uniforme, como un maniquí que se le parecía mucho y que podía engañar al ejército. Otros afirmaban que habían visto entrar en el jardín de la Sub prefectura, los coches cargados con el tesoro imperial, cien millones en oro, en monedas de veinte francos, nuevas. En realidad era todo el material de la casa imperial: el *char á bancs*, los dos coches, los doce furgones, cuya vista había causado tanta estupefacción en los pueblos de Courcelles, Chène, Raucourt, aumentado por las imaginaciones; una cola inmensa que entorpecía los movimientos del ejército y que iban á parar allí, malditos y avergonzados, ocultos á las miradas, detrás de las lilas del sub prefecto.

Cerca de Delaherche, que se empinaba examinando las ventanas de la planta baja, una mujer vieja, alguna obrera, con el cuerpo encorvado, las manos destrozadas por el trabajo, murmuraba entre dientes:

—Un emperador... quisiera ver uno... sí, para ver cómo es...

De pronto, Delaherche, cogió el brazo de Mauricio:

—¡Mire usted! es él... allí, mire usted en lo ventana de la izquierda... no me engaño, no, le ví ayer muy de cerca, le reconozco.... ha levantado la cortina, sí, es aquella cara pálida, contra el cristal.

La vieja, que lo había oído, estaba asustada... Era en efecto una aparición cadavérica, con los ojos apagados, las facciones descompuestas; los bigotes palidecían también en aquella postrera angustia. Y la vieja, asombrada, volvió la espalda con desdén y se fué:

—¡Eso es un emperador!—dijo,—¡vaya un bicho!

Un zuavo estaba allí, uno de esos soldados desbandados que no se apresuraban á volver á su regimiento. Movía su fusil jurando, escupiendo, amenazando, y dijo á un compañero:

—¡Aguarda, que voy á meterle un balazo en la cabeza!

Delaherche, indignado, intervino. Pero el emperador se había retirado. El ruido del agua del Meuse continuaba, una queja de tristeza infinita parecía haber pasado en la sombra. Otros clamores se oían á lo lejos. ¿Era acaso el ¡anda! ¡anda! la orden terrible lanzada desde París que había empujado á aquel emperador de etapa en etapa, arrastrando por los caminos de la derrota la ironía de su escolta imperial, abocado ahora al horrible desastre que preveía y que había ido á buscar? ¡Cuántos valientes iban á morir por su culpa y qué trastorno en todo el sér en aquel enfermo, en aquel soñador

sentimental, silencioso en la triste espera del destino!

Weiss y Delaherche acompañaron á los dos soldados hasta la meseta de Floing.

— ¡Adiós! — dijo Mauricio, abrazando á su cuñado.

— ¡No, no, hasta la vista, qué demonio! — dijo alegremente el fabricante.

Juan, con su buen olfato, encontró en seguida el 106.º, cuyas tiendas de campaña se alineaban en la pendiente de la meseta, detrás del cementerio. La noche se había venido encima, pero se veían aún en grandes masas los tejados sombríos de la ciudad, después más allá, Balan y Bazeilles, en las praderas, que se extendían hasta los montes de Remilly y Freuois; mientras que á la izquierda se divisaba la mancha negra de los bosques del Garenne, y sobre la derecha, abajo, brillaba la ancha cinta pálida del Meuse. Durante un momento, Mauricio, contempló aquel inmenso horizonte que iba desapareciendo en las tinieblas.

— ¡Aquí está el cabo! — dijo Chouteau. — ¿Vendrá de recoger provisiones?

Hubo un rumor. Durante todo el día los hombres dispersos habían ido llegando, unos solos, otros por pequeños grupos, tanto, que los jefes habían renunciado á pedir explicaciones. Cerraban los ojos, aceptando muy contentos á los que regresaban.

El capitán Beaudoin acababa de llegar, el teniente Rochas había llegado á las dos con la compañía reducida á una tercera parte; ahora estaba casi completa. Algunos soldados estaban borrachos, otros se hallaban en ayunas, sin haberse podido

procurar un pedazo de pan, y las distribuciones de víveres continuaban faltando. Loubet se había procurado unas berzas y las estaba cociendo, pero no había ni sal ni manteca. Los estómagos continuaban pidiendo pan.

— ¡Vamos, cabo! usted que se las sabe arreglar, vea usted de encontrar algo, yo no lo necesito, he comido en casa de una señora con Loubet.

Todos miraban á Juan, la escuadra le aguardaba. Lapoulle y Pache, que no habían encontrado nada que comer, confiaban en él, á quien creían capaz de sacar harina de unas piedras. Y Juan, conmovido, apenado ante tantos sufrimientos, remordiéndole la conciencia de haberlos abandonado, repartió entre ellos la mitad del pan que había guardado.

— ¡A Dios gracias! — decía Lapoulle devorando su ración, no encontrando otras palabras para explicar su satisfacción, mientras que Pache rezaba muy quedo un *Padre Nuestro* y un *Ave María*, pidiendo á Dios le protegiera y le enviara comida para el día siguiente.

El corneta Gaude tocaba llamada. Pero no hubo retreta, el silencio reinó en seguida en todo el campamento. Cuando el sargento Sapin notó que su media sección estaba completa, dijo, tranquilamente:

— Mañana faltarán algunos.

Después, como Juan le mirase, añadió con tranquilidad:

— En cuanto á mí, mañana me matarán.

Eran las nueve; la noche prometía ser fría porque desde el Meuse subían las brumas, tras las cuales se ocultaban las estrellas. Y Mauricio, acostado cerca de Juan, al pie de un vallado, se estremeció

de frío, é indicó la conveniencia de ir á acostarse dentro de la tienda de campaña. Pero destrozados, más doloridos aún, después del descanso que habían tomado, ni uno ni otro podían dormir. Envidiaban al teniente Rochas, que se encontraba á su lado y que, envuelto en una manta, roncaba como un héroe sobre la tierra húmeda. Después, durante mucho tiempo, se fijaron en la llama de una bujía que ardía en una tienda donde velaban el coronel y algunos oficiales.

Durante toda la tarde el coronel había estado muy preocupado, porque no había recibido órdenes para el día siguiente. Comprendía que su regimiento estaba muy de avanzada y eso que había retrocedido un poco, abandonando el puesto que había ocupado por la mañana. El general Bourgain-Desfeuilles, no se había presentado, pues estaba enfermo, según decían y se hallaba en cama en el hotel de la *Cruz de Oro*, y el coronel tuvo que decidirse á enviarle un oficial, para prevenirle que la nueva posición parecía peligrosa, dado lo desparramado que estaba el 7.º cuerpo, obligado á defender una línea demasiado extensa, desde el Meuse al bosque de Garenne. Seguramente la batalla empezaría al amanecer. No quedaban por delante más que seis ó siete horas de aquella gran calma negra. Mauricio extrañó que al apagarse la claridad en la tienda del coronel, desfilara el capitán Beaudoin, pasando muy cerca de él, viéndole desaparecer en dirección de Sedan.

Cada vez se espesaban más los vapores que subían del río, obscureciéndolo todo con una niebla muy triste.

—¿Duermes, Juan?—preguntó Mauricio. Juan dormía y Mauricio se quedó solo. La idea de ir á unirse á Lapoulle y á los otros, bajo la tienda, le causaba mucha pereza. Oía sus ronquidos que contestaban á los del teniente Rochas, y les tenía envidia. Si los grandes capitanes duermen bien la víspera de la batalla, será acaso porque estarán muy cansados. Del campamento inmenso, oculto en las tinieblas, sólo oía el aliento del sueño. Sabía sólo que el 5.º cuerpo debía acampar por allí, bajo las murallas que el 1.º se extendía desde el bosque del Garenne á la aldea de Moncelle, mientras que el 12.º, al otro lado de la ciudad, ocupaba á Bazeilles.

Todo dormía, la lenta palpitación iba desde las primeras á las últimas tiendas, desde el fondo vago de la sombra. Después, más allá, era otra cosa desconocida, cuyos rumores llegaban por momentos, tan lejanos, tan tenues, que hubiese podido confundirlos con el zumbido de sus oídos: el galopar perdido de la caballería, el rodar amortiguado de los cañones, sobre todo, la marcha pesada de hombres, el desfile sobre las alturas del negro hormiguero humano, aquella invasión, aquel envolvimiento que la noche no había podido paralizar. Y, allá, eran aquellos fuegos que se apagaban, repentinamente, aquellas voces dispersas que gritaban, toda la angustia que iba en aumento y que llenaba aquella noche última de espera, aguardando el espantoso día.

Mauricio había cogido á tientas la mano de Juan. Entonces, ya más tranquilo, se durmió. Sólo interrumpía aquel silencio un reloj de Sedan, cuyas campanadas caían una á una.